

RESEÑA DE FÉLIX SUÁREZ

I

Uno de los tópicos caros a la antigua cultura griega, presente lo mismo en la trilogía Esquilo sobre Orestes, que en el *Edipo* de Sófocles, nos recuerda en la siguiente verdad una de las más atroces y veleidosas constantes del destino: “nadie puede darse por dichoso hasta no ver concluidos sus días”. Sobre esta verdad gira la vida moral de los héroes griegos y de todo el género de la tragedia helénica. De ahí la desconfianza que suscitaba el futuro entre los antiguos griegos, quienes vieron en él, no el sitio último de la felicidad y la esperanza, tal como lo vio el mundo cristiano que vendría después, sino el camino de la degradación física y el silencio imperturbable de la muerte.

II

Miguel Ángel Contreras Nieto ha escrito una novela, con ecos de la tragedia antigua, en la que el destino se enseñorea sobre la voluntad de sus personajes. En *Valeria, relámpagos y tulipanes* (Ficticia, 2019), el presente de dicha sucumbe invariablemente ante el futuro azaroso. No hay felicidad que dure, parece advertirnos Miguel Ángel entre líneas. Es verdad. A través de una trama cuyos incidentes se desarrollan entre las ciudades de Metepec, Toluca y México, el autor nos muestra, en estampas urbanas, un fragmento de las vidas contrariadas de varios personajes que interactúan en triángulos amorosos: Valeria, la intelectual protagonista; Natalia, hermana de Valeria; Ricardo, esposo de Valeria y amante de Natalia; Renato, amante de Valeria, ex esposo y amante actual de Frida. Y entre todos ellos, la poesía de Baudelaire, a la que Valeria estudia como parte de una tesis de maestría sobre autores franceses del siglo XIX.

No es gratuita, por supuesto, aquí, la presencia del libro *Las flores del mal*, cuyos versos contrapuntean y ambientan las acciones de esta historia de amor, que

actualiza, en personajes del siglo XXI, rasgos y filones de la tragedia antigua. De esta forma, lo que el lector encuentra en *Valeria...* es también una historia de amor y celos al más puro estilo del teatro Isabelino: los celos que devoran a Natalia respecto a su hermana, a quien no le perdona, entre otras cosas, ser más hermosa que ella, ser la favorita del padre y tener de marido al hombre que ella habría querido para sí; los celos de Valeria, por su parte, respecto a Frida, quien en esta historia volverá por sus fueros, para arrebatarle al ex marido, ahora en funciones de amante de ambas.

Como ocurre en algunas películas de Woody Allen (*Vicky Cristina Barcelona*, *Sueños de un seductor* o *Hannah y sus hermanas*), Contreras Nieto incorpora a su historia personajes con rasgos intelectuales, al tiempo que los reviste y los decora con referencias filosófico-literarias, que le sirven no sólo para delinear la personalidad y ahondar en el carácter de éstos, sino para mostrarnos, además, a través de velados guiños, una muy delicada crítica social y su parentesco con un pasado literario, que invariablemente nos conduce, en este caso, a las atmósferas sombrías de la poesía parnasiana y simbolista de Baudelaire y Rimbaud, a los que Valeria vuelve, de tanto en tanto, en medio de sus estados depresivos y en su necesidad por concluir sus estudios universitarios.

De ahí, tal vez, el temperamento taciturno y melancólico de este personaje trágico, contradictorio, un poco neurótico que, en su día a día, alterna episodios seriales de Netflix con la lectura de poemas de *Las flores del mal* o de las *Iluminaciones*; un personaje que, además, a la par de sus interrogantes y dudas más profundas, nos revela en sus relaciones con el mundo el carácter contradictorio, inestable, líquido, de las mujeres y los hombres que pasean por los albores de este siglo.

III

Con *Valeria, relámpagos y tulipanes*, Contreras Nieto ha escrito una novela del destino, una obra en la que aborda el tema del amor-pasión en sus aspectos más trágicos y fronterizos, que incluyen los celos extremos y la muerte.

Así, ciegos ante la corriente indetenible de sus días, los personajes de esta novela se aman, se anhelan o se detestan, siempre al borde del inminente adiós o al punto del siguiente abrazo, del siguiente puerto.

Por eso, *Valeria...* es también una novela sobre la fragilidad y la caducidad del amor; sus personajes se aproximan entre ellos con una misma tarjeta de presentación que al reverso parece decir: “ámame, soy de ti por un instante. Apresúrate, que el tiempo nos devora”.

En ese crescendo que adquiere el tono narrativo conforme se desarrolla la trama, las acciones se precipitan violentamente, cercanas a su conclusión, en el pozo insondable de los celos. Hasta ese momento el amor que se prodigan Valeria y Renato ocurre dentro de ciertos espacios y escenarios, si no ajenos, sí distantes al común de lectores. Sin embargo, en las acciones, en las que Valeria, desde el silencio de su departamento, se atormenta por los celos y las sospechas de una posible traición de Renato, el lector se vuelve inevitablemente *su hermano, su semejante*, como quería el propio Baudelaire.

Así, vemos a Valeria, en una versión femenina de El Moro de Venencia, husmear los indicios, los visos, los posibles rastros que puedan delatar al infiel. Y si Otelo husmea el rastro y el destino de un pañuelo, que le “confirma” los temores de sus celos, Valeria se asoma repetidamente al celular de su pareja, revisa las camisas, la ropa interior y el auto de Renato, “sin encontrar nada anormal”, nos dice Contreras Nieto, pero convencida, no obstante, de que ahí, en eso inexistente, en eso que niega él, están las pruebas; de que hallará ahí las respuestas a su tortura, la confirmación de lo que para ella es ya un hecho. Porque para el que desconfía en el amor, para el que cela, bastan las conjeturas. En efecto, ahí, en sus solas sospechas, suficientemente soportadas por su imaginación desbordada, los celosos encuentran ya las más evidentes pruebas de la deslealtad amorosa.

En ese trance, el dolor del que cela, nos advierte Contreras Nieto, se aloja en el vientre; de ahí que, ante la evidencia del hecho, Valeria siente que le falta el aire y, en su delirio, pierde el control de su cuerpo y de su mente, de tal forma que tiembla, jadea, palidece, como quien está a punto del colapso; sufre de un rencor innombrable que sólo puede calmar, a esas alturas, la venganza. Por eso, como Otelo, pasa de ser un pobre espíritu torturado por los celos, para ser una desgraciada víctima de los demonios de la ira y la melancolía, porque para el celoso, una vez que ha llegado al fondo de la verdad, el siguiente objeto de su rencor, de su ira, luego del amado o de la amada, es su propio yo, su propia persona, sobre los cuales vierte parte de su furia. No es extraño entonces que el que ha perdido el amor del amado —su gracia— sienta que ha perdido con él también el mundo.

IV

En Valeria, tulipanes y relámpagos se alternan y se reacomodan en su vida, ora como un ramo colorido sobre el lecho de amor, ora junto a la tormenta que se avecina, inadvertida, sobre su vida cómodamente instalada, y según ella, definitiva ya y definida por un marido exitoso, una posición social privilegiada y una hija pequeña sobre la que mira complacida el porvenir.

Así las cosas, el lector de esta novela irá descubriendo de la mano de su autor, cómo ese “hado funesto”, temido por dioses y hombres de la antigua Hélade, se encargará de descarrilar una máquina blindada que corre imparable, a toda prisa, hacia el umbral de su destino.

Muchas gracias. Felicidades, amigo querido.

Texto leído en la presentación del 6 de junio de 2019
en la Feria del Libro de Valle de Bravo